



LA HOJA
de
PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA
Méndez Alvaro, 2, 1.º - Apartado 547.
Horas: de dos á cuatro de la tarde

CARAS BONITAS



SUMARIO

- VICENTE VEGA**
Sección vermouth.
- ADOLFO LLUCH**
Pudo más el amor...
- AGUSTÍN GARCÍA CARRASCO**
Audacia.
- LUIS SANZ FERRER**
Cantares baturros.
- ANTONIO CINTOS SANTIAGO**
Pasa el recuerdo.
- SALVADOR VALVERDE**
La rapsodia de la embriaguez.
- D. GUANSÉ SALESAS**
Después del loco Carnaval.
- LUIS CILLAN**
¡¡¡Perdón!!!
- COLIRÓN**
Los cuentos de Melgares.
- VALENTÍN BALLESTEROS**
Consejo.
- M. GARRIDO, BÉTICO,
CARLOS, TINO, CREHUET
Y MATEOS**
Varios dibujos y retrato
de Jane Rollette.



JANE ROLLETTE

Lo de bonita es verdad, caballeros; lo de «cara» no, pues, según Biblioteca Regional de Madrid referencias, se trata de una artista tan buena, que no tiene

5 céntimos



GENTE MALEANTE

(Para Heliodoro Fernández.)

EXISTEN en este bajo mundo unos tipos, ¡qué tipos!, ¡verdaderos tipos!, dedicados casi exclusivamente al feo vicio de las conquistas femeniles. Hechizan con la apostura, hieren con la sonrisa, matan con la mirada á toda niña núbil ó jamona completamente desengañada, y han merecido el eufónico nombre de «asesinos de corazones».

Es este un tipo aclimatado en todas las clases sociales. En las altas, bajas é intermedias, se encuentran variantes de este individuo. La ignorancia lo

amamanta, la ociosidad le educa, la exageración le viste, la fatuidad le insufla y la fachenda le perfila. Cuando tiene una edad conveniente, su papá le presenta en sociedad, y si su posición se lo permite, trabaja en grande escala; si su estado es precario, se contenta con lo que tiene; pero no pierde de vista el fin para que ha sido criado. Y así vive su vida (!) explotando el tipo que á Naturaleza le plugo darle en cambio de la inteligencia que le niega.

El «asesino de corazones» es ignorante como los asesinos de hombres; estúpido como muchos buenos mozos; iliterato como los ociosos; presumido como los elegantes obligados; vulgar y casquivano como las mujeres que se-

duce. Y en verdad que no acierto á explicarme por qué se llama «asesino de corazones», pues las mujeres á quien hace objeto de su preferencia no lo tienen; á lo más, en el lado izquierdo, guardan un trozo de carne de color rojo pálido, que late al calor de las más bajas pasiones.

Es el único asesino que goza de impunidad, pues los castigos del código del buen sentido y del buen gusto no le hacen mella; él mismo se labra su castigo; cuando sus facultades físicas desaparecen cuando ve palidecer el astro de su fortuna, suele admitir las más rastreras proposiciones y desempeña los más bajos y despreciables oficios.

Todo su bagaje literario consiste en algunas novelas y varios libros de su más asquerosa porno-

¡VAYA USTED Á SABER!...



—¡A ver si también se le va á ocurrir hoy venir á tu novio en cuanto salga yo!

—¿Y no será que se te ocurre á ti irte cuando él va á venir?

¡ESTA CLARO!

TINTO.



—¡Señorita, por Dios, que usted no sabe lo que lleva detrás!...

—¡No he de saber!

—A ver: ¿qué lleva usted detrás?

—Pues lo que usted lleva delante...

grafía, leídos con delectación; á veces, recita de memoria fragmentos de Bécquer ó de Carrère...

De acción afectada, conversación insulsa, toda su agudeza reside en la punta de sus bigotes; los tontos le envidian, los sensatos le ridiculizan, las mujeres discretas le trastean, pero las bobas le entrevén en sus sueños. ¡Pobres mujeres de imaginación escasa ó viciada, de virtud dudosa y de naturaleza volcánica! Mientras estas mujeres existan, no le faltará tarea al «asesino de corazones».

Cierto día tuve ocasión de leer el «carnet» de uno de esos malhechores: llevaba «seducidas» veintitrés doncellas de labor, veinte modistas, diez y siete casadas á disgusto, trece patronas de casa de huéspedes, diez coristas de lo peorito que pisa los escenarios, siete poetisas románticas, cuatro viu-

das propietarias, tres busconas de alto bordo, dos marquesas viejas, pero ricas, y una «demi-vierge», que dejó entre sus brazos lo poco que le restaba de su virginidad.

Pero las tres mayores aspiraciones del «asesino de corazones» son: convencer á una monja consagrada, uncir al carro de sus conquistas una tiple de «primísimo cartello» y conseguir la blanca mano de una rica heredera.

Pero sus artimañas se estrellaron contra las paredes del claustro; su petulancia le delató en los cuartos de las artistas, y sus pretensiones de «negocio matrimonial» casi nunca llegan á realizarse.

Tal es, á grandes rasgos, el retrato de esa despreciable figura que atraviesa la vida sin sembrar un solo grano de la semilla del bien, y recoge los sarcasmos de los que le suponemos tan acreedor de un grillete como el asesino vulgar.

VICENTE VEGA.

CHISMORREO

TINTO.



—Chita, ¿qué lujo lleva Irene! La he visto hoy, y me ha dicho que su novio le va á poner un cuarto para ella sola.

—¿En los tiempos, ¿eh? En el de su madre, había veces que vivían cinco...

Pudo más el amor...

EMILIO estaba desconcertado. Al primer impulso de ira contra aquella mujer, siguieron el desaliento y la tristeza. Nervioso, daba rápidos paseos por la reducida habitación, como fiera enjaulada y calenturienta. Era la Fatalidad, que le perseguía; únicamente la Fatalidad podía hundirle en aquel abismo sin fondo, cuando se creía remontado á los umbrales del Paraíso. ¡Para aquello, para aquel terrible desengaño, había reunido en jornadas interminables, día tras día, un pequeño capital que pudiera asegurarle aquel porvenir placido y feliz, que soñara en horas optimistas, al lado de la mujer amada! El Destino mostrábase implacable con él, llegado el momento en que, gracias á sus constantes esfuerzos y desvelos, podía aspirar á días más venturosos que los que había pasado en su penosa lucha por la vida. Aquella

mujer... ¿por qué no le había hablado antes de aquel secreto, que derrumbaba sus ilusiones con tal violencia, el mismo día de su boda, cuando ante Dios y ante los hombres se pertenecían, sin que hubiera ley divina ni humana que pudiera desunirlos? Enriqueta sollozaba en el diván, escondiendo la cara entre las manos. Sus gemidos, ahogados, impacientaban á Emilio. No podía oírlos sin violentarse más. Porque sentíase dominado, á pesar suyo, por aquel llanto, y contagiado en su tristeza, y él quería ser fuerte, inexorable, y anhelaba odiar en vez de compadecer.

—¡Mañana volverás con tu padre!
¡Entre nosotros todo se ha acabado!

Aquellas frases suyas, dichas con pretendida tranquilidad, le daban miedo. ¡Todo acabado! ¿Y sus esperanzas, y sus proyectos para el porvenir. Y aquel nido de sus amores, que con tanto anhelo y cariño había dispuesto, ¿qué sería de él? De aquel sueño acariciado durante tanto tiempo en su corazón, ¿qué sería?

Emilio se ahogaba en aquella habitación. Parecía que las paredes se abalanzaban sobre él oprimiéndole el pecho. Y anhelando respirar aire más puro que aquel que le envenenaba, abrió el balcón y se asomó á él. Una ráfaga de aire que azotó su frente le despejó. La noche era cruda; pero Emilio no sentía el frío invernal, porque en sus sienes y en su pecho ardía una hoguera que le abrasaba. Y, nuevamente, la sospecha de que todo podía haber sido inventado para engañarle ladinamente, le martirizó. Pero... ¿engañarle? ¿Para qué? Enriqueta, después de haberle confesado que había pertenecido á otro hombre, al verse violentamente humillada por Emilio, había atentado contra su vida, hiriéndose en el pecho con agudísimo estilete. Un segundo más que hubiera tardado en arrebatarse el arma de las manos, y la acerada punta, llegando al corazón, hubiera truncado la existencia de aquella mujer idolatrada. No: Emilio sabía firmemente que Enriqueta no podía engañarle. La había conocido muy joven, á los trece años, y desde aquella edad fué él únicamente quien mandó en su corazón. Jamás había podido sorprender en ella el menor indicio de una dudosa conducta. Y me-

CHIQUILLADAS



—Oye: ¿por qué no inventan paraguas para no mojarse por debajo?

—Porque por debajo no se moja Regional de Madrid

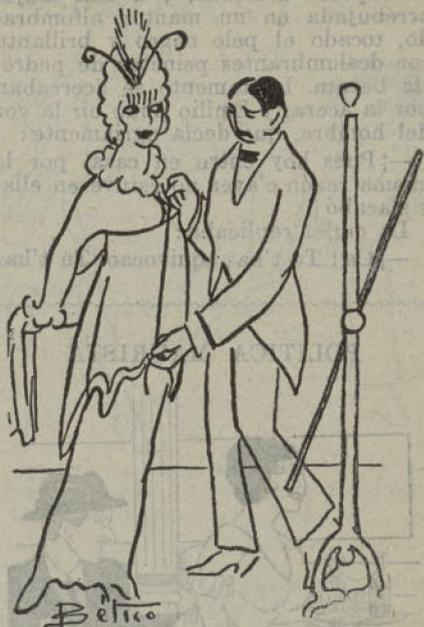
—¡Andal... ¿Que no? Pues la chacha dice

diando la circunstancia de vivir ambos en la misma casa, en seis años de relaciones habría sorprendido algo anormal en su vida, si ésta no hubiera sido modesta y honrada. Enriqueta no mentía: no tuvo tiempo ni ocasión de haber querido á nadie mas que á él.

En el cerebro amargado de Emilio reconstituyóse fielmente el relato de aquella infamia:

Una tarde de fiesta en la Bombilla. Un grupo de amigas y compañeras de taller—que sabían ya de besos enervantes en los labios y de crispaciones nerviosas de deseo—, á las cuales, inconscientemente, había seguido Enriqueta, engañada por sus pocos años. Unas horas de baile al aire libre. Y cuando el cansancio empezaba á dominarles, los novios de las amigas—siempre «galantes» en tales ocasiones—empeñados en invitarlas á merendar. Un reservado donde se reunieron todos, y donde Enriqueta nada temía, porque se hallaba rodeada de sus compañeras de trabajo. La coincidencia de hallarse entre ellos un hombre á quien faltaba pareja, y que, improvisadamente, tomó asiento á su lado... Luego, las libaciones excesivas de aquellos hombres, que se embrutecían con el vino, exacerbando sus sentidos. Los libertinos atrevimientos con aquellas mujeres, ya acostumbradas á tales excesos. Y entre ellos, y entre el estupor y azoramiento de Enriqueta, un hombre borracho, que ante la contemplación de su cuerpo infantil, sentía despertar degenerados apetitos de sátiro hambriento. Una lucha titánica, acompañada de las risotadas de ellas y de ellos, que contemplaban con canallesco regocijo y sin compasión de aquella chiquilla ofendida sus forcejeos entre las garras del fauno, defendiendo desesperadamente su virtud... Después, el miedo de verse anatematizada por su padre, obligándola á callar y á llorar en silencio su desventura. Y cuando, pasados algunos meses, la casualidad la puso frente á Emilio, Enriqueta aspiró á redimirse de una falta que no había cometido, procurando hacerse digna de él, esclavizando su voluntad á la del hombre amado con todas sus ansias; pero callando, callando siempre, porque temía perderlo, cuando fuese inevitable la confesión,

CON EL MODISTO



—Yo creo que necesito más cinta.
—No, señorita; lo que necesita usted es más pieza. Ha traído usted poca tela.

¡quién sabe si Emilio la compadecería en su infortunio y la perdonaría! ¡Si aquella esperanza suya se realizaba, más que su esposa, sería esclava suya, para venerarle mientras viviese! Y antes de verse envuelta en el remolino abyecto de una vida de vicio y de miseria, si Emilio no la ayudaba á salvarse, se suicidaría para no ser un estorbo en su existencia...

Aquella evocación acudía á la imaginación de Emilio tumultuosamente, estremeciendo su cuerpo un anhelo desconocido que le infundía, alternativamente, odio y piedad. ¡Y el Destino ponía en sus manos á la mujer que más le inclinaba al perdón y le esquivaba irónicamente al hombre en quien ansiaría vengar aquella afrenta!

Una voz chillona de mujer que disputaba enérgica le sustrajo de sus pensamientos. Por la calle obscura y solitaria venía una pareja discutiendo. Emilio, á la escasa luz de la Luna, tamizada por densos nubarrones, pudo ver á un hombre con gorra,

de aspecto artesano, y á una mujer arrebujaada en un mantón alfombraado, tocado el pelo negro y brillante con deslumbrantes peinetas de pedrería barata. Lentamente se acercaban por la acera, y Emilio pudo oír la voz del hombre, que decía agriamente:

—¡Pues hoy entro en casa, por la misma razón c'ayer no estuve en ella, y s'acabó!

La mujer replicaba:

—¡Ca! Tú t'has equivocado. Tú t'has

POLITICA MAURISTA



—Giga usted, señor: véngase á mi mesa, y que nos sirva esta á los dos. Como dijo el jefe, «bay que armonizar el todo con las partes».

creído que voy á servirte toa la vida pa recurso cuando t'haigas gastao too el dinero por ahí. Pues no, señor. ¡Que ya estoy cansaa d'aguantarte, y hombres no m'han de faltar que sepan apreciarme mejor que tú!

Insistió él; volvió á negarse ella, y viendo que por palabras no conseguía el hombre que le entregase la llave de la casa, en un repugnante

alarde de matón, descargó sobre el rostro de la infeliz una tremenda bofetada, y arrebatóle la llave de las manos á viva fuerza. Luego, apretó el paso, seguido de la mujer, que, llorando y gimiendo, le apostrofaba:

—¡Canalla! ¡¡ Chulo !!

A los pocos momentos, desaparecieron tras una esquina.

Emilio, que, indiferente, había sido testigo casual de la disputa, sintió en su corazón como el presentimiento de un aviso providencial. Una mujer encenagada en el vicio á merced de un guapo de taberna, que seguramente la explotaría inicuaamente, y ante su justa rebeldía se le imponía con odiosa brutalidad...

¿Quizá Enriqueta?... Si él la despreciaba, ¿qué sería de ella en la equívoca situación que quedaría? El hambre es muy traicionera cuando se alberga en un cuerpo de mujer bonita y desgraciada. ¿Quién sería el único culpable si el día de mañana Enriqueta...? Y, asustado de la idea que se esbozaba en su cerebro, entró nuevamente en la habitación.

Enriqueta seguía en el diván, reclinada su cabeza sobre uno de sus brazos y ligeramente adormecida. Sobre su pecho, en la seda negra de su vestido de desposada, se habían coagulado unas gotas de sangre. De sus labios brotaban algunos sollozos entrecortados que estremecían su cuerpo suavemente. Y en sus párpados entornados palpitaban dos lágrimas, prontas á resbalar por aquellas mejillas adorables. Emilio contempló largo rato aquel rostro pálido y triste, que le parecía más bello que nunca. Y vencido en todos sus egoísmos, dominado por aquella pasión noble y abnegada que flotaba muy por encima de sus conceptos de honorabilidad convencional, se inclinó sobre ella, y en dos besos febriles y apasionados absorbió las hieles de aquellas lágrimas, perdonando...

Perdonó porque no tenía á quién castigar; porque preguntó á su conciencia y calló su amor propio, y le respondió únicamente su cariño, el inquebrantable cariño de muchos días y muchos años, venerado en lo más íntimo de su pecho, como la joya más preciada de su vida.

AUDACIA

ERA en el Parque del Oeste donde aconteció el suceso que he de relataros, amadísimas lectoras y amables lectores.

La tarde era cálida, los árboles empezaban á verdear, y algunos botones de flores se abrían á recoger los rayos de un espléndido sol.

Por uno de esos paseos que desembocan en otro principal, paseaba una mamá y una jovencita de unos diez y ocho años, morena, graciosa y con una cara divina y un cuerpo más divino que la cara; sus labios, que ella mordisqueaba de cuando en cuando, eran carnosos y sangrientos... Unos labios que parecían pedir besos muy largos.

En sentido contrario, avanzaba un muchacho gallardo y varonil, tanto en el rostro como en las maneras. Fijóse un momento en las que paseaban en distinto sentido, y en sus ojos brilló un rayo de deseo mal reprimido.

Tan mal reprimido fué su deseo, que, acercándose veloz á la muchacha, depositó en sus labios un beso, que sonó estridente por todos los paseos del delicioso parque.

Un ¡ay! fué lo único que dijo la jovencita á la audacia del galán, en tanto que sus ojos le miraban agrade...

COINCIDENCIAS



El — ¡Anda! ¡Pues también usted...
Biblioteca Regional de Madrid
bastante desarrollada!

DEL MISMO GUSTO



El. — No me gustan las chicas.
Ella. — ¡Hombre, si son muy chicas, tampoco á mí me gustan!

dos, y su pecho se movía con palpitaciones violentas por la emoción, que hacía más deseable su figura.

La mamá, ¡mamá, al fin!, más repuesta que la niña, empezó á chillar y á insultar al atrevido, mientras éste, sacando un cigarrillo y encendiéndole, la decía por lo bajo, con la más increíble de las frescuras:

— ¡Por Dios, señora, no chille tanto! ¡No ve usted que la que pierde es la niña?...

Y, con ligero contoneo, marchóse el mozo; en tanto que la mamá no contestaba á las preguntas que la multitud, atraída por el suceso é indiscreta, la hacía.

AGUSTÍN G.^a CARRASCO.

Cantares baturros

Van diciendo tus vecinas
que dormir no las dejamos...
¡Como que no puede ser
dormir y estar escuchando!

—
Cuando vas, mafica, á misa
y junto al cura te pones,
el latín es «pa nosotros»,
y «pa tí», las bendiciones.

LUIS SANZ FERRER.

Pasa el recuerdo

I

EL amplio salón de fiestas del Consulado español presentaba aquella noche magnífico espectáculo.

Las familias más ilustres de la colonia española hallábanse congregadas en la estancia, convertida á la sazón en jardín y espléndidamente iluminada, reflejándose caprichosamente los múltiples colores de las luces en las valiosas joyas que adornaban á la concurrencia, encuadrando en las gargan-

ARREPENTIMIENTO



—Ya te he dicho que, cuando hay que llorar, es antes. Ahora, ya no tiene remedio...

—Es que estoy llorando para mañana...

tas y pechos alabastrinos de las hermosas invitadas.

En un estrado, entre tiestos de palmeras enanas y flores exóticas y enervantes, ocutábase la orquesta de uniformados «zingaros», que en aquel momento preludiaban y esparcían por los ámbitos las notas lúbricas de un tango argentino.

La atmósfera, impregnada sofocantemente con el perfume de las hembras y de las plantas del jardín, cuyo aroma arrastraba suavemente el aire é impelió al salón por los de par en par abiertos ventanales, embriagaba los sentidos de los concurren-
 Biblioteca Regional de Madrid

por el poder irresistible de la música.

Mundita escabullóse por entre los bailarines, y salió al jardín, absorbiendo con fruición el aire puro, sin enrarecer, que venía del horizonte.

Caminaba bajo las frondas del fantástico y bien cuidado parque, besada de vez en cuando por los rayos lunares, que, bañando su sedosa cabellera trigueña, dábanla cierto aspecto de aparición mágica.

Las ramas de los delgados y arrogantes arbustos azotaban sus exquisitas formas, al inclinarse en lento y majestuoso balanceo, por la acción de la brisa.

Bajo los zapatos de raso que aprisionaban sus pies breves, crujía la arena como una musitación de cantos lejanos, cuyo eco repercutía en sus oídos. Sentóse en un banco rústico que había al lado de un simocoro, y dejando vagar su mirada al acaso, posó una rodilla sobre otra, cruzando las manos, mientras su núbil cuerpo inclinábase hacia adelante, y el rostro transfigurábase con el peso de los recuerdos.

✽

Un año hacía apenas, y á ella parecía que aquel día estaba lejos, ¡muy lejos! ¡Noche feliz, noche que, como ésta, rebelábase el cuerpo al alma, adormeciéndose los sentidos, ahitos de baile y «champagne», que hacían saltar á los nervios en lujuriosos espasmos. Ella, ¡pobre ilusa!, que la poesía de las flores vencióla y pudo más que la razón de los años, creyendo soñar dichas y felicidades. ¡Cómo sufría ahora al ver la verdad, la escueta verdad, que se presentaba sin el antifaz engañoso de la ilusión, mostrándola el prosaismo de la vida!

Venía á su memoria la figura del hombre que, cual apuesto Don Juan, presentóse á ella, subyugándola en cuerpo y alma. ¡Triste recuerdo!; ocurente y galante como muchos, supo interesar su corazón con sus falacias, y... la venció. Y una noche, parodiando al célebre burlador sevillano, alejóse de su lado, dejándola libre con su pasión de muñeca, que libara eternamente en las mieles del recuerdo de un día feliz.

II

Abstraída y fijas sus pupilas en un luminoso, creía verle danzar en infernal zarabanda. Cesaba, y tornaba

DESORIENTADOS



—¿De qué serán aquí las casas?

—No sé. ¡Pues?...

—Le he preguntado al guardia si sabe de alguna casa buena, y me ha dicho: «¿De qué?..»

la quietud, siguiendo su aumento y aproximándose perezosamente. Dibujábase con más precisión el contorno, hasta tomar la figura de un ser humano. Martilleábanle febrilmente las sienes, y en su calurosa mente bullían las ideas que, atropelladamente, se sucedían.

En su rostro, sentía el calor que le producía la fantástica aparición, engrandecida por su cerebro enfermo. Ya tocaba su cara la silueta luminica, haciéndose más claras y precisas sus formas; ya estrechaba su cuerpo con los brazos de fuego, y pugnaba por posar sus ardientes labios en los de ella. Le reconoció: ¡era «él»!; ¡él, que supo vencerla y olvidarla!... Y ¡estaba allí!... ¡Ca...nalla!

Quiso gritar, y las palabras negáronse á salir de su garganta, produciendo un ruido seco, de estertor agónico. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, inyectábanse en sangre sus pupilas, que bailoteaban frenéticamente, como queriendo salirse de las cuencas.

Paulatinamente fbase desfigurando el punto luminoso, empequeñeciéndose, hasta volver á su forma primitiva. A la fiebre intesa que sufrió Mundita, sucedióse la tensión de sus nervios, que saltaban como cuerdas. Quedó postrada, apoyando su cabeza en el pecho, apretujando febrilmente la seda de su traje, mientras que del salón de fiestas

emergían los encantadores sonos de un vals vienés.

Un gusano de luz corrió á ocultarse entre unas hojas de tamarindo que había en el suelo.

III

Llegó la hora de bailar el minué, y en el salón todo era confusión y desorden. Cada cual buscaba la pareja que tenía designada para este baile.

—Usted, Pablito, tome por pareja á Candelaria, haciendo cuadro con Valenzuela y conmigo.

Esto disponía una jamona, todavía aceptable, esposa de un diplomático agregado á la Embajada.

—¡Pero, Arturo!... ¡Por Dios! ¿Qué hace usted ahí tan parado? Corra á buscar á su compañera: ¿no es Mundita?

—Sí, marquesa. La estoy buscando hace dos horas, y no la encuentro por ningún lado.

—Quizá habrá ido á refrescar.

—No lo creo. La he dejado de ver desde que cantó la romanza Margot Vicienne.

—¡Oh! ¡No hay duda! Debe de haberse retirado á sus habitaciones.

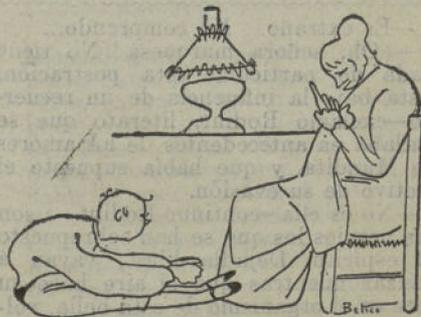
—Pero sin despedirse...

—Es tan excéntrica...

—¿Hablaban ustedes de Mundita?— terció en la conversación un caballero que ostentaba en la solapa de su «smokin» la condecoración de la Legión de Honor.

—Cierto, señor Laurent. ¿Acaso sabe dónde se halla?

JUEGOS DE CHICOS



—¿Pero no estabais jugando al escondite?

—Y estamos: sino que se han escondido Torcuato y Luisilla, y ya me he «cansao» de buscarlos.

—Verán ustedes: saberlo precisamente, no; pero parecióme que salió al parque.

Fueron en dirección al jardín, sin alarmar á los demás invitados, y dividiéronse para recorrer sus alamedas.

Poco después, el Sr. Laurent, más afortunado que los otros, halló á «la prófuga», como él dijo, que estaba en el mismo estado de postración, y, llamando á todos, rodeáronla, sin que por esto volviese de su letargo.

DE LA VIDA



(Cualquiera diría que los tres «personajes» de este grabado van cada cual á una cosa. Pues no, señor: los tres van á la misma.)

—Es extraño... No comprendo...

—¡Oh, señora marquesa! No tiene nada de particular esta postración. Está bajo la influencia de un recuerdo—exclamó Rodint, literato que se hallaba en antecedentes de los amores de Mundita, y que había supuesto el motivo de su evasión.

—No es ella—continuó Rodint—: son sus nervios los que se han sobrepuesto al espíritu. Dejadla libre; vayan á danzar mientras que el aire hace su obra en el organismo de esta bella, volviéndola á la realidad. Ahora... pasa el recuerdo.

Todos se retiraron. El estridente pido de un tren llegó hasta el Regional de Madrid do oír el horrisono ruido de sus herra-

jes al ponerse en movimiento, mientras que, lejos, fuera del parque, un jarocho entonó el estribillo sentimental y voluptuoso de una guajira.

ANTONIO CINTOS SANTIAGO.

10-3-916.

La rapsodia de la embriaguez

Es Carnaval. De colores se ha disfrazado el salón; de músicas y de flores que embriagan el corazón.

En raudales de oro fino brota el vino de Jerez... Todos tienen el divino tesoro de la embriaguez.

Aureo y gentil espumea en las copas el champán, y el alma se balancea como una rama de ban.

Los ojos de la mujer en la careta relucen, y al camino del placer nos conducen.

Es Carnaval. Ya la orquesta preludia. Se alza el telón, y va á comenzar su fiesta la Ilusión.

Una danzarina rubia se acerca, danzando, á mí, bajo una mágica lluvia carmesi.

Las copas hacen un ruido musical, y su voz llega á mi oído como un verso de cristal.

Rubia danzarina loca que llegas, danzando, á mí, pon en mi boca el rubí de tu boca.

Pon tu florido cabello sobre mi frente quemante, y cuélgate de mi cuello como un collar palpitante...

Que mientras dura la fina comedia de la Ilusión, tuyo será, danzarina, mi corazón.

SALVADOR VALVERDE.

Después del loco Carnaval...

HAN desaparecido casi fantasmagóricamente, en una mutación taumatúrgica, los payasos y Colombinas, los moros y odaliscas...—todo el cortejo de evocaciones exóticas—con sus estridentes músicas, sus carcajadas, sus borracheras y sus excelsos goces prohibidos...

Y como en nuestra imaginación aún resuenan sus gritos, y aún, con ella, vemos los chillones colorines de sus bellos ó grotescos atavíos, cuando salimos á la calle, recibimos una desagradable impresión de paz conventual: parece que se «oye» un gran silencio; las gentes caminan calladas y serias, enfundadas en sus uniformados trajes oscuros y severos, y hasta parece que el ritmo sensual del andar de las hermosas es menos incitante, y menos incitantes las miradas de sus ojos luminosos, y menos incitantes las sonrisas de sus bermejos labios...

«¡Penitencia, expiación!»... parecen decir todos los semblantes, ojerosos y pálidos. Pero, Señor, ¿en qué hemos pecado?... ¿Hemos hecho acaso algo más que admirar y gozar de tu obra maestra y suprema, la mujer, y abrasarnos las entrañas y el cerebro con el fuego divino del champán, este néctar delicioso de los dioses?... «¡Penitencia, expiación!»... ¡Bah! Esto son palabras, palabras y palabras, como diría aquel príncipe loco. Palabras buenas á lo más para conover beatas en un narcótico sermón de estos días de Cuaresma. Ya sabemos que los semblantes ojerosos y pálidos provienen de las pasadas noches de locura y de fiebre. Que, á pesar de la mayor severidad aparente de costumbres, ahora, como antes, el amor, pareja de la dicha, triunfa.

Y es que con el Carnaval lo único que ha pasado es la alegría ruidosa y externa, el «galop» infernal de la eterna danza de la vida, con su música estridente. Y la felicidad no es esto, aun pudiéndolo ser, ó, siéndolo, como emoción momentánea. La felicidad es más que esto. La felicidad no está en estas alegrías ruidosas, ni en las risas dislocadas, sino en la íntima alegría que se traduce en leves, pero magníficas, sonrisas, y, alguna vez, en lágrimas. Y si no decidme: ¡cuán-

do habéis reído sonora y fuertemente al estar en deliciosa intimidad con la novia ó con la amante?... Y, en cambio, casi siempre sonreís cuando ella os mira, cuando os acaricia con sus bellas manos blancas... Y hasta, si sois algo sentimentales y románticos—y estoy por decir que todos lo somos cuando nos quiere una mujer hermosa—, habréis llorado hechizadamente felices sobre sus senos triunfales y fragantes como rosas de Mayo...

La tristeza, la expiación, queda úni-

LOS AMBICIOSOS



—Si se pudiesen coger todos así, por las orejas!...

camente para las pobres vírgenes bur-ladas. Estas vírgenes ardientes que cayeron en un momento de locura, alucinadas por las promesas tentadoras del Deseo. Estas vírgenes ardientes, quizá enamoradas, que cayeron, como deberían caer todas, con el alma gozadora en la gloria de sus labios... Y aun el llanto de muchas vendrá á consolarlo, antes de un año—del Cielo, sin duda alguna—, un ángel rubio y bello. Y no creáis, amigas mías, á los que os digan que este niño que ha de venir es vuestra afrenta... ¡Este niño debe ser vuestra gloria y vuestro orgullo! Las vírgenes han caído estos días de un modo doloroso y lamentable:

aquellas que tenían muy cerca de sí las fauces hambrientas de este monstruo que llamamos miseria, este monstruo que la sociedad alimenta con sus despojos vivos. Estas desdichadas se entregaron con la trágica frialdad de un suicida.

Y otras, en fin, se han vendido por unas cintas brillantes y por unos tra-

pos de seda. A mí, algo poeta, esta ignominiosa caída me parece grotesca, y, como grotesca, algo trágica también. De todos modos, estos inconscientes maniqués, sin nervios y sin alma, sentirán muy poco su caída, porque tenían de antemano prostituida el alma.

D. GUANSE SALESAS.

DE LA CALLE



El.—No puedo vivir así ni un día más: hace una semana que no puedo conciliar el sueño.

Ella.—¿Y cree usted que conmigo se iba a dormir en seguida?

¡¡PERDÓN!!!

Siempre me has dicho que mi corazón, si es que lo tengo, debe ser de hierro. Quizá no te equivoques, pero he de confesarme contigo para que me disculpes y perdones esta falta de amor.

Yo he amado siempre mucho; y esto, que para el mundo suele ser un placer, ha sido para mi alma enfermedad de muerte, que he arrostrado sin poder resignarme, aun pensando en remedios que sanen mis dolencias.

Con el cariño de un corazón de diez y nueve Mayos, amor apasionado y ciego, creí corresponder al que una muñequita, tan loca como hermosa, me venía jurando. Y en verdad que si la belleza del alma guardara relación con la del cuerpo, Blanca sería santa ó no sería bella.

Dos ojos negros, con pestañas muy grandes; dos labios rojos, con dientes muy pequeños, eran el mayor complemento y atractivo de su hermosura.

¡Mujer encantadora! Al mirarte, creía que hubiera un Paraíso en el Cielo, donde habitan los ángeles, y me consideraba pecador miserable, pensando que entre su alma inocente y las locas pasiones de mi espíritu se interponía un velo tan espeso como mis culpas.



Vencieron en ella mis conocimientos del mundo, y fui haciéndome espacio en su pecho, donde colocar aquel cariño inmenso que me había inspirado.

Para saciar mi amor, me parecían horas aquellos meses testigos de nuestro cariño; de un cariño romántico, en el que ya nos habíamos identificado.

Y, entonces, distinguía lo malo de lo bueno, y regeneré mi alma, inundada de aquella amistad sincera y noble que me hizo aborrecer placeres egoístas.



Si son tan cortas las bienaventuranzas del Paraíso como premio á los justos, prefiero el castigo del Infierno para mis pecados.

Nunca hubiera pensado en el desapego de Blanca hacia mí, ya que mi cariño aumentaba y creí siempre fuera correspondido.

Pero la realidad, trágica *Biblioteca Regional de Madrid* demostró con tan horribles pruebas,

AGOTAMIENTO



—¡A ver si haciéndote cosquillas, te viene la inspiración!

—¡Quia, chical! ¡No me viene ni haciéndome cosquillas!...

que no permitió alimentar más la amistad engañosa de quien consideré un ángel redentor de mis vicios.

Blanca: con tu recuerdo no se ha cicatrizado la horrible llaga de tu desamor.

Por fin, sacrificué inhumanamente aquellas ilusiones, y heme ya desengañado y descreído en amores. Mi alma está ya bastante enferma para no desgarrarla con cariños sinceros, que luego se transforman en interesados y egoístas.



Ya has oído mi triste confesión, que justifica esta falta de amor. Perdónala y no pienses en ella, pues es morir en vida matar las ilusiones de un espíritu joven de diez y nueve Mayos, repleto de esperanzas.

¿No piensas como yo, que á ese cariño tuyo que me vienes jurando, no correspondería igualmente con este pobre corazón destrozado?

Luis CILLAN.

LOS CUENTOS DE MELGARES

OUE cuente un cuento! ¡Que cuento! Y Melgares contó este cuento, que hizo provocar la risa á más de cuatro señoronas relamidas y graves de la reunión.

Es un cuentecillo picaresco, en que

EL TIEMPO ES ORO



—Mamá dice que estoy perdiendo el tiempo contigo...

—¡Naturalmente! Por eso te he dicho yo muchas veces que no debemos citarnos al aire libre, porque estamos perdiendo el tiempo.

un marido, sabiendo que su mujer iba á cumplir con el segundo precepto de la Iglesia, concibió la sacrilega idea de colarse subrepticamente en el confesonario de la parroquia, con el proposito «non sancto» que es de presumir. Y como á este mi hombre, cosa que se le pusiese en la cabeza (¡y cuidado que se le ponían muchas cosas!), las realizaba sin mayores torturas mentales, he aquí que, á poco de haber visto á su mujer dispuesta para salir, ya estaba él embutido en la penumbra del confesonario, dispuesto á enterarse de lo que le importaba. Es decir, de lo que no le importaba. Bien, sí: sí le importaba; digo... no... Me he hecho un lío, señores, solamente por querer decir que á quien le importaba todo lo que á él no le importaba era al cu

¡En fin, ya está! Sigamos con el cuento de Melgares.

La mujer, desde que apareció en la iglesia, se dirigió rápidamente, pero muy rápidamente, al confesonario donde estaba su marido.

—Mucha prisa—se dijo éste—trae mi cónyuge por aliviarse de sus pecados. Por lo visto, no son del calibre de los míos.

Y terminó este razonamiento con un «ején, ején» de su acatarrada garganta.

Ella, arrodillándose devotamente ante el supuesto padre de almas, confesó haber cumplido con todos los mandamientos de la Iglesia, excepto uno, por lo cual tenía una multitud de pecadillos, que eran casi todos sus malos cuartos de hora. Y sostuvieron con esto el interesante diálogo que sigue:

—¿Y qué pecado como hembra has cometido, vamos á ver?—dijo algo escamado el esposo de aquella Eva arre-

DE LA CALLE



—Estoy viendo que va usted á perder la cabeza del animalito.

—Pues mire á ver si se la encuentra usted, que tal vez le haga falta.

pentida. (Suponemos que arrepentida accidentalmente.)

—Me acuso, padre, de tener un Juan Lanús por marido.

¡Maldito! Me insulta—dijo el mari-

do para sí. A ella le dijo:—Eso no es pecado, mujer.

—Ay, padre! Ya sé que no es pecado; mas ello me hace pecar.

—Bien, bien; sigue—murmuró algo confuso el confesor.

—Yo tengo una prima, ¿sabe usted?

—(Vaya, menos mal; esto es lo más inocente.)

—Y mi prima tiene un novio—siguió diciendo la contrita esposa.

—¡Diantre! ¡Me engañaba con el novio de la prima!

EN MARZO



—¿También ahora es que «te estás» ensayando para Nochebuena?

—No... ¡Si lo de Nochebuena lo agregas tú!

—Y ese novio tiene un amigo.
—¡Atiza! ¡Con el amigo del novio de la prima!

—Y ese amigo tiene un gato negro, que parece el mismísimo Luzbel.

—¡¡ Cuernos!!

—¿Qué dice usted, padre cura?
(El padre cura, saliendo del confesionario despavorido:—) Nada, nada, mujer; ¡que sepamos de una vez con quién me engañas!

Y, patatín, patatán, aquí acabó Mel gares su cuentecillo.

CONSEJO

Mujercita, mujercita,
de divinos ojos bellos,
que en el cielo de tu cara
son dos brillantes luceros...;

mujercita, mujercita,
de azabachinos cabellos
y de frescos labios grana
y de dientes marfileños...

yo, que por ti sólo siento
un amistoso cariño...
te voy á dar un consejo
para si quieres seguirlo...

Tú no sabes que en el mundo
existen bajas pasiones
y que hay amistades falsas
y hay envidias y hay rencoros...

No juegues con tu belleza,
mujercita de ojos negros:
mira que es muy peligroso
estar «jugando con fuego»...;

que es tu belleza un cristal
que con mirarlo se empaña,
y estás jugando con él...
¡y vas á herirte en el alma!

Mujercita, mujercita,
de divinos ojos bellos.
¡¡ no juegues con tu belleza!!...
¡¡ haz caso de mis consejos!!...

VALENTÍN BALLESTEROS.

FOTO grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos sellos; con varias muestras surtidas, 4 pesetas, sellos ó giro postal.

L. Leonard, sucesor

Calle Padua, Barcelona.

Agentes exclusivos en Suramérica,
MASIP Y COMPAÑÍA
RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

PASTORA IMPERIO ■ ■ ■ LIBRO DE INTIMIDADES

UN TOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ESTE LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *début*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse Pastora Imperio». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la Fornarina». — «Los amores de la Imperio y el Gallo». — «La Imperio sueña con ingresar en un convento». — «La Imperio, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la Esperanza». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de fotografías. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid.**

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — **ON PARLE FRANÇAIS.**

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTÍSIMOS

- «Misterios y secretos del lecho conyugal» (dos tomos con grabados).
- «Tortilla al ron» (un tomo de 260 páginas).
- «Páginas de Amor» (un tomo de 110 páginas, con grabados).¹

Se remiten, certificados, á provincias los cuatro tomos por SEIS PESETAS. Al Extranjero van por SIETE FRANCOs Ó UN DOLLAR.

LOS PEDIDOS, CON SU IMPORTE, ÚNICAMENTE Á ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DERECHA, MADRID.

Biblioteca privada. — *Catálogos gratis, remitiendo sello de 0,50 pesetas.*

Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — *On parle français.*

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas Ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
" Memorias, etc., etc. "

Marqués de Cubas, 7.-Madrid